

PIEDRA DE TOQUE

anidan, a largo plazo, los gérmenes de la exclusión social y la discriminación, es decir, de la violencia. Y que, por eso, el nacionalismo debe ser combatido como un peligro para la cultura democrática. Pero éste es un peligro larvado, en toda ideología política cuyo sustento no es la razón sino la fe, y puede ser atenuado dentro de las reglas del juego democrático, siempre que los nacionalistas las acepten y se sometan a ellas.

ETA no las acepta, salvo en determinadas circunstancias, en que la legalidad democrática favorece sus objetivos, y esto lo hace a través de su brazo legal, el menos significativo e importante de la banda, pues en ella, como en toda organización terrorista, quien manda y fija la estrategia es el brazo militar. Es verdad que ETA representa una pequeña minoría, en términos numéricos, dentro de las varias corrientes del nacionalismo vasco, las que, por lo demás, ni siquiera es seguro ahora que constituyan una mayoría sobre el electorado vasco no nacionalista, el que siempre significó por lo menos la mitad de la población votante. Pero, gracias al uso del terror físico, y del chantaje psicológico, que ha ido neutralizando, y a menudo, convirtiendo en cómplices pasivos de sus actos a sectores importantes del nacionalismo "moderado" (que, de este modo, deja de serlo), ETA ha llegado a tener una influencia monstruosamente desproporcionada con lo que representa en términos estrictamente electorales, en la vida de la sociedad vasca. Y eso le permite ir impulsando "su proyecto totalitario de secesión violenta", como lo llama Savater, mediante el miedo y la coerción.

TERROR INDISCRIMINADO

El miedo es el más humano y comprensible de los sentimientos, y para sentirlo se necesita nada más que un poco de imaginación. Cuando se lee la lista de las víctimas del terrorismo etarra, que, con imparcialidad que podríamos llamar democrática, ha sembrado de cadáveres todos los estamentos de la estructura social —de militares a obremos, de profesores a funcionarios, de políticos a deportistas—, con la sola excepción de los curas, uno entiende muy bien las reticencias de muchos ciudadanos, en el País Vasco y en el resto de España también, a manifestarse claramente contra los criminales etarras y solidarizarse de manera explícita, e inequívoca, como lo hace Savater, con quienes, en nombre de la ley y la convivencia, se les enfrentan para que España siga siendo una sociedad civilizada y no retorne a la barbarie de la dictadura. Porque la verdadera opción que representa ETA, debido a sus métodos, que es lo que en verdad define a un partido político mucho más que sus ideas, no es el socialismo patrioter de sus eslóganes, sino, simplemente, el fascismo y el totalitarismo.

Varios de los artículos de "Perdonen las molestias" se refieren a las almas bienpensantes que, desde una perspectiva que se empeña en ser neutral y equidistante, reclaman "el diálogo" con ETA. ¿Quién podría estar en contra del diálogo sin aparecer como un obtuso y un fanático? Ahora bien, sería indispensable, para que las cosas quedaran claras, que quienes exigen ese diálogo con los etarras, explicaran de qué hablan cuando dicen "dialoguemos". Porque no es diálogo lo que se entabla entre dos personas cuando una de ellas empuña un

“La democracia es diálogo. ¿Pero, cómo se dialoga con quien, si no le das la razón de entrada, quema tu casa, te vuela tu auto, o te pega un tiro en la nuca?”

revólver o una bomba y la otra está inermes: es un monólogo abusivo, no entre dos interlocutores, sino entre un verdugo y una víctima. La democracia es diálogo, dice Savater, desde luego. ¿Pero, cómo se dialoga con quien, si no le das la razón de entrada, antes siquiera de empezar a dialogar, te quema tu casa, te vuela tu auto, o te descerraja un tiro en la nuca? Pedir "diálogo" contra asesinos convictos y confesos, que no están dispuestos a hacer la menor concesión en lo que se refiere a renunciar a sus métodos criminales, no es un signo de progresismo o de moderación, sino demagogia que sirve para disimular la indefinición cobarde, o la complicidad con los violentos. Savater los llama, en uno de los arranques de humor que aparecen de tanto en tanto en el libro, "los equilibristas".

EL OBSTÁCULO FRONTERIZO

No es abusivo hablar de humor en este caso. Porque, aunque parezca increíble, en un libro en el que su autor, por escribir cada uno de los artículos, se ha jugado la tranquilidad y también el pescuezo, "Perdonen las molestias" no sólo rebosa de inteligencia, convicciones democráticas y valentía. También de gracejo e ironía y de desternillantes hallazgos de buen humor, como en el artículo titulado "El culo del lehendakari", digno de figurar por sí solo en una antología de piezas maestras del humor negro, y que he leído y releído, sacudido por las carcajadas.

Savater nació en San Sebastián y entiendo que ha vivido buena parte de su vida en su ciudad natal, por cuyas calles y tabernas bulliciosas impregnadas de olor a fritura y a pescado me paseé, hace de esto bastantes años, con Félix de Azúa y Javier Fernández de Castro, quienes en ese tiempo enseñaban también, como él, en la Universidad del País Vasco. Es la única vez que estuve varios días en esa bella ciudad, cuya magnífica playa recuerdo siempre, así como sus restaurantes suculentos, y sus cafecitos humosos y atestados, tan agradables para sostenerse a conversar. Ahora, mientras leía este libro admirable que acaba de publicar, el inconsciente me ha devuelto las imágenes de aquella visita, tan plácidas y pacíficas, y algo se me revolvía en las tripas cuando las cotejaba con las que emergían de su libro, tan llenas de injusticia, de sangre, de intolerancia, de brutalidad y cerrazón. Aunque él está "Contra las Patrias" —título de uno de sus ensayos—, porque sabe que las fronteras nacionales son siempre, en todos los casos, un cierto obstáculo para la fraternidad y la solidaridad entre individuos y pueblos, no hay duda que tiene un enorme apego por "su pueblo", como él llama a San Sebastián, pues, pese a sus esfuerzos, un ramalazo de nostalgia se infiltra siempre en lo que dice, cada vez que lo cita y evoca. Es un sentimiento que consigue contagiar a sus lectores, en estas páginas tan persuasivas y conmovedoras, tan dignas y sensatas, de un ciudadano del mundo universal de la cultura, de un español intransigente en cuestiones de libertad, de un vasco democrata hasta los tuétanos, de un intelectual ejemplar.

© Mario Vargas Llosa, 2001. © Derechos mundiales de prensa en todas las lenguas reservadas a Diario El País Internacional, SA, 2001

